

Mi Última Carta Desde el Corazón

Rubén Adail

Mi Última Carta Desde el Corazón

Rubén Adail

Capítulo 1

MI ÚLTIMA CARTA DESDE EL CORAZÓN

Quizás esté muy lejos de aquí para cuando leas esto... Estas serán mis últimas palabras para ti. Me queda muy poco que decir y mucho por superar. No puedo más. Has acabado con todo lo que hay dentro de mí.

Soy el cordero que buscó refugio en un lobo.

Solamente es mía la culpa. No puedo decir lo contrario. Soy incapaz de maldecirte y de odiarte. Me deje atrapar por ti, por un amable depredador, y me sacrificaste, pero esa es tu condición. Me dio igual, lo sabía. Te conocía sin conocerte. Te imaginé y apareciste. Te busqué y te encontré.

Era capaz de ver la realidad entre la preciosa tela de tus mentiras, esas que tejiste con tanto cuidado.

Era capaz de ver la realidad entre tus afilados colmillos ensangrentados. Solamente es mía la culpa.

Cada mañana te miraba mientras aún dormías. Dulce. Parecías un ser inocente de pulcra moral. Soñaba con fugarme para estar siempre a tu lado, pero de repente me daba cuenta; mentías hasta cuando dormías. El mal subyacente que había en tu interior dotaba a tu piel de un extraño color rojo. Imperceptible para el resto de mortales. Estaba observando al mismísimo demonio disfrazado. ¡Qué idiota he sido!

Mi recompensa ha sido dolor y más dolor entre el dulzor de un falso amor. Abrías mis alas para que pudiese disfrutar de una falsa libertad, pero durante el sepulcral silencio del ocaso arrancabas una a una mis plumas. Quizás era lo que buscaba. Quizás era lo que anhelaba. La noche cerrada ocultó mi culpa. Me hacías pecar en todos los sentidos en los que se puede hacer y yo te lo agradecía. Te di las gracias por arrastrarme al infierno. Te di las gracias por pasear a mi lado en los más lúgubres espacios de mi alma.

Soy el cordero que buscó refugio en un lobo.

Cubrí mis ojos con tu negra capa de terciopelo. La inocencia de mi inexperiencia me traicionó. Cuantas faltas de sensatez tuve en los días que viví a tu lado; una tras otra se amontonan en mi conciencia martirizándome sin piedad. Me lo he ganado. Era capaz de ver la realidad, y no quise. Gracias por arrastrarme a la locura, por convertir mi cuerpo en un instrumento de placer. Yo fui el violín y tú el apasionado músico.

Rasgaste mi alma hasta convertirla en una melancólica melodía.

Cuando tus labios se acercaban, podía notar el azufre de tu aliento en mi cuello. Me quemaba. Pero mi lujuria era tal que me perdía entre ellos. Recorrían mi cuerpo envenenándolo sin piedad. Eras el maldito placer de lo imposible. Tus susurros decían verdades que eran mentira; verdades falsas que a mis oídos agradaban. No ha sido tu culpa. No sería justo decirlo. Yo te busqué. Yo te anhelé.

Convertiste mi luz en oscuridad y mi felicidad en amargura. Vivía en las nubes y tú me asestaste el gran golpe que me estampó contra la tierra. Lo hiciste magistralmente bien. Rápido y certero, como el mejor de los arqueros. Tu amor insultante, diferente y malhiriente me cautivó.

Mi vida, ya no puedo más. He tocado fondo. He bajado al infierno y no me apetece seguir aquí. Me marcho para siempre, o quizás no. A lo mejor, cuando más arriba esté, vuelva a tu lado. Sé que no te moverás. Sé que me esperarás, quizás eternamente. El tiempo lo dirá.

Te amé, te amo y te amaré por siempre mi dulce ángel de las tinieblas.

Fdo.: Tu amante víctima.